

# AUTOCRÍTICA

DE LA

# IGLESIA LUTERANA

*El mundo protestante responsable, angustiado por su inseguridad doctrinal, incapaz de continuidad y unidad en las ideas, incapaz también de suficiente firmeza frente a las interferencias políticas y a la erosión de las costumbres, viene siendo sacudido por el Soplo del Espíritu que aviva en él un ardoroso deseo de la unidad.*

*A principios de 1954 apareció en Alemania un manifiesto de algunos pastores presididos por el célebre preboste de Kiel, Dr. Hans Asmussen. Creemos de interés para nuestros lectores acercarles la sinceridad con que esos hombres plantean sus problemas religiosos y la emocionante nostalgia, más o menos consciente, de la Casa paterna única, en la que Dios nos ha conservado misericordiosamente a nosotros.*

*No es necesario subrayar la falsedad de algunas de las afirmaciones hechas en el presente documento desde un punto de vista protestante, ni advertir que sus críticas, hechas a «la Iglesia», las refieren a la Iglesia llamada Evangélica. Lo que pretendemos recoger es la sinceridad y el deseo.*

**N**uestro deber pastoral y nuestra conciencia nos impulsan a dirigirnos a todos los que se preocupan por los intereses de la fe para proponerles algunas cuestiones relativas a la Iglesia cristiana. Nos dirigimos particularmente a la cristiandad *evangélica*. Pues aunque en los corazones de todos ya existen ciertas convicciones, falta el órgano de expresión verbal de tales preocupaciones. Creemos que es preciso poner fin a este silencio paralizador. A ello se debe nuestro llamamiento.

## I

Es justo y bueno que nuestras Iglesias se ocupen activamente de las cosas de este mundo. Pero no podemos dejar de decir que la manera como esto se hace, frecuentemente provoca en nosotros objeciones muy graves. No solamente las múltiples actitudes políticas

de un gran número constituyen una especie de bofetada en el rostro de la Iglesia (1), sino que los rectores de la Iglesia no disponen manifiestamente de autoridad para reducir al menos los excesos que se producen en ellas o para enderezar las conciencias erróneas.

Este mal tiene raíces profundas. El Apóstol dice que la Iglesia es columna y fundamento de la verdad. ¿Podemos nosotros decirlo igualmente de nuestras Iglesias? Si la Iglesia se muestra inestable y vacilante ¿no es porque hay en ella algo que se halla enfermo? ¿No ha llegado la hora de expresar abiertamente y sin rodeos este estado de cosas? ¿No es necesario que todos aquellos a quienes Dios ha puesto en el corazón el amor a la Iglesia se reúnan y emprendan su labor en orden a un cambio y a una mejora?

Estimamos que la marcha indecisa de la Iglesia de nuestros días proviene sobre todo de su estado de desgarramiento. La mayoría, a pesar de esta situación, se resigna a que la unidad del Cuerpo de Cristo que fue sacrificado por nosotros y quiere hallarse presente entre nosotros como un solo Cuerpo — la Unidad, por tanto, del único Señor, de la única Fe y del único Bautismo — no llegue a hacerse visible.

## II

En particular os suplicamos que os preguntéis con nosotros: ¿No es un pretexto fácil considerar con resignación el desgarramiento del Cuerpo de Cristo como una fatalidad inevitable? ¿Cómo podrá nacer de esta resignación la oración, y como se podrá pasar a la acción? ¿No es todo esto precisamente desobediencia e incredulidad?

Nuestra incredulidad se manifiesta:

A) En que no nos inquietamos lo más mínimo por el hecho de que nuestra Iglesia, que se llama reformada, no está de acuerdo ni siquiera con la Iglesia de la Reforma luterana. Los esfuerzos para devolver a la Misa luterana el sentido plenario del culto, para dar a los sacramentos y a la confesión su función central, tropiezan con tantas resistencias ¿Podemos admitir este hecho? ¿A qué hay que atribuir el que tantas comunidades e Iglesias luteranas se encuentren impedidas de tener una dirección de acuerdo con su confesión? Los de buena voluntad ¿no deben cifrar su honor, para empezar, en volver con espíritu de penitencia a nuestro punto de partida?

B) En que obramos como si nuestra Iglesia no hubiese comenzado sino en 1517. ¿Estamos verdaderamente dispuestos a abandonar tan ligeramente los grandes tesoros de la Iglesia anterior a la reforma? ¿No sería muy a propósito el tomar en consideración la verdad apostólica de la función episcopal y el aprender de nuevo a apreciar las grandes gracias que Dios ha dado a la cristiandad y a la humanidad entera por el monaquismo? ¿Sabemos todavía que es Bonifacio quien ha cristianizado a Alemania y que nuestro camino hacia los Apóstoles ha de pasar necesariamente por él y por otros misioneros católicos?

C) En que nos dispensamos a nosotros mismos de muchos aspectos de la enseñanza total de los Apóstoles y de los Profetas. ¿Tenemos realmente el derecho de callar esta verdad de que la gracia obra hasta en lo creado y que de esta manera la encontramos como tal gracia en las realidades mismas creadas? ¿Quién, pues, nos autoriza a ignorar obstinadamente la doctrina de la recompensa de las buenas obras, y cómo podemos justificar el que rechazemos proclamar la predicación del Evangelio, el ministerio sacerdotal en el culto y el martirio de los cristianos como consecuencia y como parte del sacrificio de Cristo? ¿Con qué derecho nos permitimos abandonar a los filólogos y a los historiadores el problema concerniente a la función de Pedro? Es justamente una falta de fe por nuestra parte el no ver a la Iglesia sino como terrestre, el no ver su misterio, y por consiguiente el no vivir ya la comunión de los santos y de los justos.

---

(1) Por esta razón es por lo que el Dr. Asmussen, juzgando inquietantes ciertos hechos en su propia nación, poco antes de la Conferencia de Lund de 1952, creyó deber cesar en su colaboración al Movimiento Ecumenista.

¿No estáis también de acuerdo con nosotros en que todas estas lagunas que advertimos deberían movernos a sacar consecuencias? Pues en lo que acabamos de escribir aquí no hay nada que no sea desde hace largo tiempo patrimonio común de la investigación teológica evangélica. Pero nuestra Iglesia se porta como si estas investigaciones no fueran sino una especie de trabajo privado, de interés para los especialistas en teología.

### III

Si la vida de la Iglesia de hoy está particularmente tocada por la desgracia ¿no es porque nos resistimos obstinadamente a sacar ciertas consecuencias de los conocimientos que nosotros y que muchos otros cristianos hemos adquirido concernientes a la Iglesia católica romana? Para nosotros, cristianos de Alemania, las relaciones con la Iglesia católica romana deben de centrar nuestro interés muy especialmente, pues nos incumbe muy especialmente vivir y colaborar con ella.

¿Es normal que las grandes confesiones se comporten con una indiferencia total cuando ven a los fieles de lengua alemana escuchar con gratitud el evangelio predicado en la literatura, la radio y la prensa proveniente de tantas fuentes tanto evangélicas como católicas? El Señor en el juicio último no nos perdonará que los cristianos de dos confesiones que han sufrido de la misma manera hace menos de diez años, hayan perdido tan pronto su recuerdo.

No pretendemos de ningún modo que las dos grandes confesiones de Alemania estén maduras para unirse. Sabemos que la verdad se desliza todavía en la zona intermedia. Pero también sabemos que la verdad se desliza igualmente en la zona intermedia entre las Iglesias evangélicas y los teólogos evangélicos. Bajo este aspecto nuestra relación con la Iglesia católica romana no es un caso único ¿O bien reprocharemos a la Iglesia católica romana el no haber desistido, como tantas Iglesias evangélicas, de proclamar los artículos de la fe como verdades cuya aceptación obliga a los cristianos durante esta vida? Rogamos a nuestros hermanos católicos romanos que nos digan por qué la actitud doctrinal que nos separa de ellos no nos deja participar sino de una manera atenuada de la luz de Cristo. Pues esto es lo que únicamente importa.

### IV

Si está Vd. con nosotros de acuerdo en que hemos atraído con todas estas preguntas su atención sobre todo un conjunto de problemas que exigen en nuestros días, especialmente en Alemania, una respuesta, tenga la bondad de comunicar su dirección a alguno de los que suscriben. Sabemos que en toda la nación alemana y mucho más allá, cuestiones análogas a las nuestras están en estudio, pero un planteamiento en común no ha tenido lugar todavía. Pronto será demasiado tarde.

Puede ser que ya se encuentre Vd. afiliado a un grupo dominado por una preocupación semejante a la nuestra. En este caso tenga la bondad de favorecer la unión entre su grupo y el nuestro. Nos esforzaremos por establecer relaciones con todos aquellos a quienes preocupan estas mismas cuestiones tan pronto como nos sea posible conocerlos. Puede que se haga necesario llegar a una forma de colaboración más estrecha que nos permita entregarnos a tareas más especiales. Más ante todo conviene que el llamamiento que lanzamos en esta carta se escuche por todas partes en el ámbito alemán. No dejaremos de volver sobre el detalle de los problemas que acabamos de esbozar aquí.

Offenbach an Main.

Domingo 2.º después de Epifanía.

Dr. Hans ASMUSSEN, Kiel, Schillerstr, 27.

Párroco, Ernst FINCKE, Frankfurt a. M., Töplitzstr. 7.

Párroco, Max LACKMANN, Gehlenbeck, Kr. Lübbecke, Westf.

Párroco, Wolfgang LEHMANN, Offenbach a. M., Geleitstr. 104.